



EL BUHONERO.

Muchas veces le habreis encontrado en los caminos con su fardo á cuestas, apoyado en un nudoso palo ó mas bien garrote, desafiando al sol y á la lluvia. Humilde misionero de la industria, hace conocer sus maravillas en las mas ignoradas aldeas, en todos los caserios de la comarca que recorre.

Nuestras ciudades, en las que todo abunda, no sospechan los servicios que prestan esos infatigables viajeros, últimos eslabones de la

cadena que une la civilizacion á la soledad. En los pueblos nacientes representa el buhonero un papel muy importante, porque es la alegría y la providencia de los solitarios colonos, que convierten la nueva tierra en una verdadera patria. Los Estados-Unidos, centro hoy de la actividad comercial americana, no han tenido por espacio de mucho tiempo otros abastecedores. Los buhoneros iban de plantacion en plantacion, ofreciendosus mercancías, refiriendo noticias, y constituyéndose

ca portadores de la correspondencia entre diversas familias. Eran pues unas tiendas ambulantes, gacetas y mensajeros. El célebre *Ferriero Cooper* escribió una novela titulada *El Espío*, y en ella puede verse cuál era el verdadero carácter de aquellos mercaderes nomadas durante el primer período de la colonización. El hibernero americano no era uno de esos hijos perdidos del comercio, que luchan con las humillaciones y la miseria; que explotan la ignorancia, y en todas partes son recibidos con desprecio ó con desconfianza; era el patron del comercio, con tanto orgullo como los mismos á quienes servía, porque conocía su propia utilidad; iban acomodado, ya que no rico, merced á los beneficios de su honroso oficio, tenía entrada favorable aun entre los que nada podían compararle, y se sentaba á la mesa de las familias mas decentes del país.

Aunque la multitud de vías de comunicación ha modificado mucho este estado de cosas, se encuentran todavía hacia el Oeste de la Unión algunos hiberneros de los antiguos tiempos, que prosiguen su comercio con dignidad y honrades. En todo desplote de los nuestros, suelen caminar leyendo las excelentes obras que llevan de venta, y pueden recitar de memoria trózos de las poetas clásicas inglesas ó de los escritores religiosos de la Unión.

En Inglaterra, aunque no se hallan á igual altura los mercaderes ambulantes, han conservado no obstante algunas costumbres de sus predecesores. En los condados ejercen verdadera influencia, y su llegada es siempre un acontecimiento doméstico. El pintor de Wilkie ha representado, en la lámina que acompaña á este artículo, y á las muchas escenas de familia relativas al asunto en cuestión.

El buhonero está sentado y ha hecho uso de todos los medios de seducción imaginables: una tela florada acaba de maravillarle á las mujeres, que han acudido presurosas á presenciar la exhibición. La tía, oculta en una sombra, levanta las manos con éxtasis; de hijos la criada, coloca la tela de modo que pueda convenverse de lo fuerte del tejido; la anciana, que todo lo examina con sus gafas, discute al parecer sobre el precio; pide rebaja, y el semblante del buhonero contesta: *imposible*.—La joven nada dice; pero tiene la tela entre las manos, se vuelve hacia su marido y le pregunta con sus miradas; el niño, colocado detrás de la sala de este último, se inquieta y suplica; es el cómplice de su madre.

El jefe de la familia duda, medio se sonríe y toma silencio. Su mano, metida en el bolsillo, parece que tienta la bolsa, próximas á vaciarse. De su resolución van á depender el contento ó la tristeza de las personas que le rodean. ¡Grave cuestión que apenas puede resolver su prudencia! Si consiente, ¡cuántos gastos! ¡cuántas murmuraciones entre los vecinos! ¡cuántas miradas en la mesa del domingo! Pero el su amigo; ¡qué trastorno doméstico! ¡cuántos dichos de la anciana abuela! ¡cuántas lágrimas acosa! El marido cederá al fin, no lo dude; cederá al deseo silencioso de la mujer que lo hace feliz, y á la impaciencia lial del niño; cederá sobre todo al impulso de su propia generosidad; y el buhonero, descansado ya y después de refrescar, marchará de aquella casa con el budo menos pesado y la hola mas rejola.

LAS TORRES DE OESTE (1).

En la confluencia de las tranquilas aguas del río Ulla con las impetuosas olas de la ría de Arosa, se levantan las paredes desmantela-

(1) Algunos historiadores antiguos y arqueólogos modernos hacen remontar el origen de este monumento á la dominación romana en Galicia. La localidad que ocupan las *torres Sestianas* erigidas por el provincial romano Sexto Apuleyo en Honor de Augusto (año 127 de la fundación de Roma), origen diversas y encontradas opiniones entre los escritores. FERRIS citaba este monumento cerca del río Tambre (Galicia): *Saporque Tamaris sporum in peninsula tres sunt sestianae*.—COSME MELA menciona una torre dedicada al poseedor del mundo en la confluencia del río Ulla y Sar (Galicia): *Saxa juxta marem Augusti titulo memorabiliora*; y RUIZ en Asturias las *torres Sestianae*.—VELLA y JOTIAS (Hist. de Galicia), cree que las torres de Oeste, ó Este, como vulgarmente se dice, son las mismas *torres Sestianae*, y que la mencionada por Pomponio Mela es la celebrada torre de Hércules de la forma.—Hoy aquí las palabras vestales de este laborioso autor (Investig. IX, pag. 473 y 476): *Justamente á la misma orilla de la que que es de Padron al Carril, y en una península la que se pasa desde el continente por una cañada, se conservan aun los restos de tres monumentos, distantes entre sí pocos pasos, á los que se les da en el país el nombre de torres de Este. ¿Quién no se agita con significacion de Mela, confundiendo las relaciones que le habian dado, y una señal cierta de que la torre de Hércules existió mucho antes que Trujano, por el dibujo que le da de Lugus? Las tres Sestianae no podían ser otras que dichas torres de Este desfiguradas, ya porque Mela las puso en una península y solo se equivoca en el número. Hevando á D. la dicha torre de Hércules, ya porque Plinio terminantemente las da en Galicia en los Tamarones, que cauban tan inmediatos al río Sar; ya por el nombre de Este que son dan, y que parece al mismo de Oeste ó su opo, solo desfigurado del tiempo, como el material y la forma de una medalla antigua.*

Nuestros septamos la filicidacion historica y arqueologica de una edad del arte, que nos permitieron llamar primitiva, por las construcciones sucesivas que utilizamos cuando mas las localidades populares ó religiosas, ya para dar mayor prestigio á las obras públicas, ya para borrar completamente, y esta suposicion nos parece la mas calidada, las dedicaciones mitológicas del imperio griego y romano. El verdadero origen de la fortaleza de los arrobios de Santiago en la ría de Padron á Carril pertenece al siglo XI. En la etimología de *Sesto* por *Este* ó *Oeste*, como se arbitra en tiempos viene en cuenta la posición cardinal de las torres que llevan este nombre.

das de una antigua fortaleza. Son las torres de Oeste, palacio señorial y lóbrega prisión de los prelados de Santiago. Son las escuemas de un monumento que aun permanecen en pie como el simbolo secular de la jurisdicción temporal de la mitra compostelana. Sus enriedadas paredes y sus muras desportilladas no justifican una apreciacion arqueológica. Sobre los cimientos elevados por el desmoronamiento de las chimbrías y cornisas, se ha construido una ermita como el hósped venerable de la soledad. El viajero no encuentra en este monumento la inscripcion del fundador ni el relieve del artista; otros paredotes cubiertos de yedra y mollidos por hueros impracticables donde anda el millano y descansa al mediodía la paloma silvestre, explican las proporciones colosales de este lindero arquitectónico de una jurisdicción. Entonces no se construyen faros: se fabricaban *arrobios*. No era arrobado el navegante de los peligros de la costa cantábrica; se le advertían los portezgos de concesion monárquica. El comercio marítimo estaba comprimido por los señores de mar y tierra.

El viajero que atraea su barca vacilante á las orillas pedregosas de las torres de Oeste, escalando la eminencia de este monumento como trepa el cazador una montaña rebuscando las criaderas de conejos, reconoce en una peña que adelanta sus cristalizaciones hácia las aguas azotadas de la pla, el engaste de la cadena de hierro que cerraba el paso á las embarcaciones de transporte durante los tiempos bonancibles de la paz; ó las caravelas aventureras en los días indios de la invasión normanda ó musulmana.

Las torres de Oeste son la única página arquitectónica que se conserva de la jurisdicción temporal de la mitra de Santiago. Los castillos almenados, los palacios señoriales y las murallas dentadas han venido al suelo impelidos por el torbellino de los siglos. La historia ya reemplaza á la arqueología. El anticuario busca en los archivos la explicacion de las ruinas. Las torres de Oeste tambien pertenecen á los códices manuscritos y crónicas impresas.

Busquemos en la retinada biblioteca del erudito la historia de esta remota fortaleza.

Las irrupciones de los normandos (1) y árabes (2) que saltaban en tierra en las desiertas plynas cantábricas, ó cubian á las montañas de las valles (3) desde la frontera de Leon, talaban los campos y demolió los monumentos como conquistadores de un dogma reprobado. La guerra sostenida por la integridad provincial representaba el empuje de una ciudad y la defensa de un señero. Los normandos y los árabes habian profanado la catedral de Santiago; la religion, que era entronco de la nacionalidad, levantó en las gargantas de las sierras y en las embocaduras de los rios robustas fortalezas y palacios almenados. Las eminencias aisladas en medio de los valles, las agrestes sierras acumuladas en las vertientes de las montañas, y las dilatadas llanuras cuyos árboles movidos por el viento imitaban el lejano murmullo de un ejército acampado, habian abierto sus canteras para levantar las torres señoriales.

El sacerdote y el caballero levantaron á la vez esa linea de defensa irregular, simultánea y discrecional. Los privilegios y las cédulas no hicieron mas que rectificar estas adquisiciones de la guerra. Habian salvado la integridad de la religion, habian rechazado la invasion extranjera; de esta suerte robustecian el trono, que habia comenzado á ser una gloria militar, sobre el parvado donde se presentó Pelayo delante de los españoles marciales y aguerridos de Covadonga.

A esta época pertenece la fabrica de las torres de Oeste. Son la obra del sacerdote, como las torres de Altamira, Castroverde, Mesia, la Barreira y otras levantadas dentro y fuera de Galicia pertenecen al caballero. Origen de concesiones reales ó consolidacion de privilegios señoriales, representan un mismo principio: la integridad del culto, de la monarquía y del país. *Mi Dios, mi rey y mi dama* resumen el espíritu caballeresco de estos remotos tiempos. Entonces el espíritu caballeresco era el espíritu público. Los caballeros decian *mi dama* en lugar de *mi familia*; revelaban el *sentimiento íntimo* bajo las formas puras y suaves de la esquisita *galantería*.

Las torres de Oeste fueron construidas por los arzobispos de Santiago. La *Historia Compostellana*, lib. I, cap. ix, al consignar la muerte de D. Cresconio ó Cresconio en la era ICVI, año 1068 de J-C, dentro de esta antigua fortaleza, establece su fundacion en las palabras siguientes: «Castellum honesti quod ad defensionem christianitatis construxerat (4).» La cronología inédita de los prelados compostelanos refiere la continuación de las torres de Oeste por D. Diego Páñez, sucesor de D. Cresconio, de 1069 á 1079. «Fue elevado á la dignidad episcopal, asegura el mencionado manuscrito, por el rey D. Sancho II. Continúo la obra de las torres de Oeste ó castillo honesto, y empezó la nueva fabrica de su iglesia catedral.»

En el siglo XI se reforzaron los muros y se elevaron los cubos de

(1) De 938 á 968, y de 1066 á 1068.

(2) De 885 á 995, y en 1001.

(3) En lenguaje oriental equivalía á *Galicia*.

(4) Edición del P. Fábrega, Esp. sagr., tom. 33, pag. 12.

esta fortaleza, levantada para defensa de la antigua jurisdicción de Quinta y Corleto. El arzobispo Gelmírez, que no había apartado su previsora mirada de las invasiones asoladoras de Almanzor y Mahomad; vigoroso para ensanchar la unidad religiosa, enérgico para neutralizar la preponderancia nobiliaris, lo que equivale a decir, la preponderancia militar; ávido de robustecer los miembros entumecidos de la jurisdicción temporal, frustoso en la privanza, decisivo en el peligro, sereno en las revueltas, político de resistencia, al decir contemporáneo, restauró las torres de Oeste como el sello rodado del antiguo cartulario que llevaba el nombre de Galicia desde los tiempos primitivos de los celtas. La *Historia Compostellana* describe las reconstrucciones hechas en esta fortaleza de 1108 á 1120, no solo con la arrogante grandilocuencia de las crónicas oficiales, sino también con la ingenua apreciación de las miras elevadas del prelado compostelano, «De propriis facultatibus — sua sua pálabras testuales — sic castrum Honesti murorum adfilió, propugnaculis et turrium altitudine muuivit, quod si forte tam Meabilis quam lamaelita se aliunde quoquo modo



(Las torres de Oeste.)

ad id Castrum applicarent, aut lapidibus et acutis sudibus desuper factus abruerent, aut a militibus qui ibi sub tranquillitatis custodia permanent, captivis aut mortis periculo proculdubio urgerent (1).»

—Mas adelante añade: «Ex precepto manique regis Ispani rustici á *Princastella* usque ad Oceanum mare conveniebat ad edificandi muros Castellí nomem *Honesti*, qui sine calcis linimento constructi es minutis lapidibus tradibus interpositis ruinam assidue minabatur: verebantur nimirum Ispani ne Anglici vel Normavigena sive alie barbaræ gentes es hac parte navigio Gallæcan aggrederentur. Quippe Honestum quasi quedam clavis atque sigillum est Galiciæ: quod si extrinseca gentes hunc locum sibi præriperent, munitione ibidem composita Gallæcan invadere atque depopulari præ manibus haberent (2).»

A los esfuerzos previsores del arzobispo Gelmírez sucedieron las concesiones reales: equivalían á una recompensa. La jurisdicción temporal correspondía al sostenedor de la integridad religiosa y de la preponderancia monárquica. Los reyes de Castilla y Leon concedieron á la mitra compostelana el portazgo de los ríos Ulla y Miño. Las torres de Oeste pasaron de fortaleza provincial á señorío privado. Eran el Palacio de la mitra compostelana: el *Castillo Honesto* donde el sacerdote alojaba los devaneos del caballero. No solo defendían una posición estratégica, sino también una imposición privilegiada. La cadena de hierro que cerraba la embocadura del río Ulla en la ria de Amsa, señalaba un fendo civil reconocido por el comercio marítimo.

Las vicisitudes señoriales acaecidas desde el siglo XI hasta el XV concentraron en el Estado los privilegios nobiliarios y las temporalida-

des eclesiásticas. A los portazgos sucedieron las *maticulas de mar*. El comercio marítimo se agrupó por medio de los gremios, absorbiendo las prerrogativas parciales en beneficio de la unidad monárquica.

Desde esta época las torres de Oeste perdieron su representación señorial, depositando bajo sus húmedas bóvedas los deshechos pedazos de su colmena, y cegando sus prolongados fosos, ya inútiles para la defensa sostenida contra las agresiones de los conquistadores.

La ciencia militar se había adelantado á sus barbacanas: la unidad monárquica había inutilizado su privilegio temporal. Eran ya inútiles: solo alcanzaban á ser una comprobación monumental de la historia política y civil de la edad media española. Conservaban la articulación de una época remota, posada por la falta de sangre vivificadora. Eran el esqueleto, no el ser viviente del siglo XII. El espíritu había desaparecido: en las cuevas de sus muros ya no se reconocía la mirada imponente del guerrero.

A la parálisis sucedió la muerte. Llegaron las ruinas y los escombros.

Las torres de Oeste son en nuestros dias un monumento amortajado por los siglos. A la caída de la tarde, cuando el sol multiplica sus rayos tibios y melancólicos en las revueltas olas del mar, se asemejan á un inmenso sepulcro mal enterrado en las solitarias playas del Océano. La piedad cristiana colocó una cruz sobre esta tumba: construyó una capilla. La religión ha completado la alegoría.

Para el infortunio hay la plegaria de las generaciones venideras: despues de un naufragio, las rudas manos del marinero atan los huesos pedazos de un remo abandonado, en forma de cruz, y la clavan entre las musgosas peñas de la costa.

Para este sepulcro monumental del siglo XII, la religión levantó una cruz de piedra.

Volvemos á decirlo: la piedad cristiana completó la alegoría representada por las torres de Oeste.

Diciembre 20, 1851.

ANTONIO NEJIA DE MOSQUERA.

EL AVEJORRO.

(Conclusion.)

En situación tan lastimosa se me ocurrió una idea, poco mas ó menos lastimosa que la situación, y que formulé en un monólogo. «Aquí vamos, me dije, tres docenas, poco mas ó menos, de vivos, acompañando á un solo muerto; y como los vivos nos encontramos en estado tan lastimoso, y el muerto va muy descansado y cubierto, no tendrá nada de particular que el pobre muerto se vaya riendo de los vivos». Y como si yo hubiera sido el muerto, empecé á reír á carcajadas, con una risa tan histérica que me parece estaría escuchando y ahora mismo tiemblo de pavor. Y es buena gana de temblar, porque yo sé perfectamente que los muertos ni rien ni lloran, porque ni gozan ni padecen: yo sé que los muertos son unos señores muy tiesos y muy respetados, que ni piensan, ni sienten, ni consienten; como que han perdido el espíritu, y son unos pedazos de materia que nada tienen ya que ver con el delicado mundo moral. *Continuando el susodicho Dios con la referida tormenta*, como decía cierto escribano en la relación de un proceso, llegamos al muerto y los vivos al cementerio de San Isidro, que debía ser el fin del viaje del primero y un descanso de la peregrinación de los segundos; y como encontramos algun abrigo, nos pareció aquel cementerio un verdadero paraíso.

Dejaron el fúerco en el suelo, en tanto que los sepultureros acababan de ahondar la fosa, y el avejorro voló al punto desde el atañud á la lápida de un lujoso nicho. Yo seguí inmediatamente á mi guía, y fui sobre la negra lápida una inscripción en letras de oro, que empezaba *Aquí yace el Excmo señor D. J... S...*—Aquí yace, murmuré yo, un opulento capitalista á quien adulaban los ministros y los grandes, por que poseía una gran cantidad de oro, y el oro es la fuerza y la nobleza del siglo XIX. Este rico capitalista se burlaba de los grandes á quienes prestaba dinero; de los ministros á quienes facilitaba fondos; de los pequeños capitalistas á quienes vendía protección, y de los industriales á quienes explotaba. Decía que las condecoraciones, los títulos y los honores eran despreciables oropeles; que el verdadero oro es el espíritu; y sin embargo cruzó su pecho con una banda, tomó un título de Castilla, que le asentaba como un apodo, y se hacía dar el escudencio. De este hombre vano y codicioso se burló la muerte. Sus riquezas pasaron á sus hijos, que procuran ocultar su humilde apellido bajo el pomposo título que llevan: *Vanitas vanitatum et omnia vanitas*.

El avejorro debió comprender que había concluido mi monólogo, porque alzó su vuelo y fué á posarse sobre otra fosa. Esta era blanca, y decían sus letras de oro: *Aquí yace la señorita Doña C de V... falleció á los diez y seis años de edad*.

(1) Lib. I, cap. XXXIV, pag 74. (Edición de P. FLORES.)

(2) Lib. II, Cap. XXXI, pag. 208. (Edición del P. FLORES.)

—Aquí están guardadas, exclamé, mil bellísimas ilusiones que no han de desvanecerse jamás. Aquí han muerto en flor mil esperanzas seductoras. Aquí reposa la virginidad del pensamiento, más pura que la de la carne... Pero no, no; bajo esta losa blanca y tersa estará un esqueleto repugnante, un polvo amarillento, un receptáculo de gusanos. Las bellísimas ilusiones, las seductoras esperanzas y el pensamiento virginal, se encuentran en el seno de Dios.

El avejorro me condujo a un monumento casi regio, ornado de arcos y coronas. En un cartelón se leía: *Aquí yace el Excmo señor duque de...* etc. etc.

—Aquí yace, murmuré yo muy bajo, como si temiera que me oyeran el mundo y el polvo de la urna, una gran ambición compuesta de cien pequeñas ambiciones, que realizadas una á una, solo dejaban ver el inmenso vacío de las noventa y nueve restantes. El que aquí reposa tuvo honores, laureles, títulos, riquezas, poder, y siempre aspiró, cuando rico por sus honores, cuando poderoso por sus riquezas, cuando laureado por sus poder. Codiciando lo que le faltaba olvidaba lo que tenía, y estaba sellado entre dos rías y hambriento bajo los manzanos. Todos lo envidiaban, porque creían que poseía lo necesario para repartirlo entre todos y quedar contento; él envidiaba también á todos, porque lo que todos poseían dejaba incompleta su ambición. Murió cuando mas esperaba y cuando todos mas le temían; respiraron los envidiosos, aunque no tomaron parte en su herencia; porque la envidia no es el deseo de poseer uno, sino de que otro no posea.

Desde el magnífico mausoleo pasó el avejorro a una lápida bastante elegante, cuya leyenda decía así: *Aquí yace el señor D. P. de Q. Falleció el día 18 de febrero de 1830, á la edad de veinticinco años. Su afligida esposa le consagra esta lúene memoria de su cariño y su dolor.*

El avejorro se trasladó á otra lápida poco distante; en ella leía: *Aquí yace la señora Doña C. M. Falleció el 15 de noviembre de 1830. Su afligido esposo le consagra esta memoria de dolor.*

El avejorro pasó á otro nicho; sobre su lápida leía: *Aquí yace el señor D. R. de la Z. Falleció el día 29 de marzo de 1831, á la edad de treinta y cinco años. Su afligida esposa le consagra esta memoria de cariño.*

Yo concluí la lectura del epitafio; pero el avejorro no se alejó como en las dos lápidas anteriores. Me llamó la atención su inmovilidad, porque para mí tan insignificante era este epitafio como lo habian sido las dos anteriores; pues aunque de los tres me daba motivo á reflexiones filosóficas. Sin embargo medité mas, y repasando mi memoria, recordé que la mujer del segundo nicho habia sido sucesivamente esposa de los dos hombres enterrados en el primero y tercer nicho. Entonces comprendí la malicia de mi director; pues sin duda quiso probarme que el dolor y cariño de la afligida esposa habia durado menos de diez meses, y menos de cuatro el dolor del muy afligido consorte. ¿Quién podrá decir cuánto tiempo durará el cariño de la afligidísima vida!

Proseguí mi guía en camino, y fué á pararse sobre un nicho que no tenía lápida siquiera; pero sin un latrero que decía: *Aquí yace D. N. D. Falleció á los veinte años de edad, etc.*

—Murió á los veinte años, me dijo, y muerto sin fe ni esperanza! ¿Que naturalezas son estas que tan fácilmente se aniquilan; ó qué sociedad es la nuestra que destruye tan velozmente?

Pero, puesto de mí el avejorro no tuvo que dar un paso para indicarme el nicho de un viejo que habia muerto lleno de ilusiones. Creí al principio que este último habria sido muy feliz; pero mudé de opinion recordando unas preguntas que yo me habia dirigido en otro tiempo. ¿Qué sería del hombre si los días pasaran, y las ilusiones no se fueran desvaneciendo, ó si murieran las ilusiones y no pasara un solo día? Si los días pasaran y las ilusiones permanecieran, se encontraría el hombre entre la impotencia y el deseno, sufriendo el suplicio de Tántalo; si murieran las ilusiones sin que pasara un solo día, se encontraría el hombre entre la fuerza y el hastío, como un esballe entre el aceite y la brida. Cualquiera de estos dos estados sería insupportable; y si alguna vez piensa el hombre en ellos, debe bendecir á quien ha dispuesto que cada día se lleve consigo una ilusion.

Debí persuadirse el avejorro de que iban siendo un poco largas mis reflexiones, porque dejó la lápida del viejo, y se dirigió á todo vuelo hacia el altar que habíamos venido acompañando. Cuando llegamos acababan los sepultureros de poder correr la losa, y un hombrucillo de cincuenta y cinco á sesenta años aplicaba las llaves á las cerraduras del féretro. Como continuaba la lluvia, la mayor parte de los acompañantes estaban guarecidos de ella bajo los arcos y galerías, y solo nos encontramos en torno del cadáver los sepultureros, el hombrucillo, un par de curiosos, y yo, que deseaba vivamente ver el rostro inmenso y frío del nuevo huésped que iba á recibir el cementerio. Levantó por fin el hombrucillo la tapa del pobre asahud, y vi dentro de él un joven vestido de blanco y coronado de rosa del mismo color. Sus ojos negros y rasgados se conservaban entrecerrados y parecían húmedos, como si acabara de llorar. Negros y abundantes cabellos cubrían sus sienes, y estas desmenuzadas sobre sus hombros y su pe-

cho; y su lindo rostro, aunque extremadamente pálido y anguloso, conservaba cierta frescura y morbidez. Sobre los pómulos de sus mejillas aparecían dos manchas lividas, que debieron ser rojas poco antes, y que unidas á la completa demacración del rostro, indicaban clarísimamente que aquella joven habia muerto de esa enfermedad que consume casi enteramente la materia, conservando intacto y vegoso el espíritu, de esa enfermedad que la medicina llama *trisia*, y que puede llamar la filosofía exquisita sensibilidad. Sobre el corazón, y bajo la mano derecha de la muerta, se veía un cuaderno bastante abultado y manuscrito: el hombrucillo levantó, sin comoverse lo mas mínimo, aquella mano helada, tomó el cuaderno, dejó caer de golpe la tapa del altar, lo cerró, retiró las llaves, y lo entregó á los sepultureros que lo empujaron á la fosa. La tierra empezó á caer sobre el féretro, y pocos minutos después unos cuantos ladrillos igualaron el pavimento, ocultando para siempre al mundo lo que habia dejado de existir.

Cuando se acabó esta faena, solo estábamos en el cementerio los dos sepultureros, el hombrucillo y yo, pues todos los acompañantes habian aprovechado un momento en que cesó la lluvia para volverse á sus hogares, y el avejorro ó se habia ido, ó se habia sepultado en la fosa. Como nada quedaba que hacer, el hombrucillo y yo nos dirigimos al mismo tiempo hacia la puerta por donde habíamos entrado una hora antes, y luego que atravesamos su dintel, nos inclinamos la cabeza en señal de mutua despedida. Pero sin duda el hombrucillo estaba aguijado por una viva curiosidad, porque parándose de repente, me dijo:

—Caballero: y V. perdone la pregunta, ¿conocia V. á esa pobre joven que dejamos allí enterrada?

—No señor; respondí al hombrucillo.

—Pues dispense V. mi confianza.

—Nada tengo que perdonar; pero lo que sí parece seguro es que V. merecía toda su confianza.

—Si señor, éramos vecinos, y aunque todos los de la casa la querian lo mismo que yo, como yo era el único hombre de letras...

—¿Es V. escritor público?

—El señor, soy memorialista.

—¿Y esa joven depositó en V. su entera confianza?

—Sí por cierto: ¿Y qué habia de hacer la pobrecilla? Era huérfana, no tenía parientes, y no queria dejar perdido su único tesoro.

—¿Y era su único tesoro?...

—El manuscrito que ha traído sobre su corazón hasta el borde de la sepultura, y que yo guardo en mi bolsillo.

—¿Y qué debe V. hacer ahora con ese manuscrito?

—Debí entregarlo á cualquier literato conocido, que se comprometiera á coordinarlo, corregirlo y publicarlo.

—Yo soy escritor, murmuré con cierto embarazo; porque la condicion de que el literato á quien se entregara el manuscrito debía ser conocido, me hacia dudar de mi idoneidad para el caso.

—Memorialista? me preguntó confuso el hombrucillo, temiendo encontrar un rival.

—No señor.

—¿Quiere V. decirme su nombre?

Le dije mi nombre; por casualidad le conocia, y convino en que yo era un literato conocido.

—Yo le entregaré á V. el manuscrito, me dijo; pero es necesario que V. me dé un recibo en forma, obligándose á publicarlo.

—Así lo haré, le respondí; y para que V. vea que no pienso dilatar mucho tan importante publicacion, diré á V. ahora mismo el título que pienso ponerla.

—¿Llevará por título la obra?...

—El tesoro de una muerta.

Al memorialista le pareció admirable é incitante el lúgubre título; me aseguró que tendria que hacer muchas ediciones de la obra, y me ofreció proporcionarme entre sus parroquianos mas de un centenar de suscritores. Le agradecí sus predicciones y sus productivas ofertas, y sin acordarnos del todo, vinimos en conversacion hasta la puerta de mi casa. Sabimos la pesada neclera, entramos en mi gabinete; tomé un plieguecillo de papel, escribí el contrato-recibo que me dictó el memorialista, se lo entregué, recibí el manuscrito, y nos despedimos con mil protestas de amistad.

Es muy fácil adivinar que tan luego como me hallé solo empecé á leer el manuscrito; pero la historia que encerraba no cabe en los límites de un artículo, y se publicará á su tiempo, según lo ofrecí al memorialista.

— JUAN DE ARIZA.

DOÑA ANA URRUTIA DE URMENETA.

Entre las mugeres notables que ha producido modernamente la nación española se cuenta la señora Doña Ana Urrutia de Urmeneta.

Nació en la ciudad de Cádiz el año de 1812, hija de los señores D. Tomás de Urrutia y de Doña Ana Garchitorena. Su hermano el señor D. Javier de Urrutia, muy conocido y nombrado por su talento y estudios en las bellas artes, le enseñó dibujo, perspectiva y pintura, logrando sacar en ella una aventajadísima discípula. En 26 de marzo del año de 1848 contrajo matrimonio con el señor D. Juan José de Urmeneta, entonces profesor de pintura y escultura, y director de las clases de esta en la Academia Gaditana de Nobles Artes. Mereció el título de Académica de mérito por la pintura histórica, en 9 de diciembre de 1846: honra que le dispensó aquella corporación.

Después de haber pintado varios cuadros notables, entre ellos un San Jerónimo de escuela holandesa, que regaló á la catedral de Cádiz; un San Francisco y un San Antonio, copias de Murillo; una

Santa Filomena, original; la Resurrección de la carne, cuadro conocido por el del Juicio, de escuela flamenca, y otros, murió en su patria Cádiz, de resultas de unas viruelas malignas, el día 5 de noviembre de 1830. Fué hija y esposa ejemplar, cariñosa hermana y amiga consecuente.

La Academia Provincial de Bellas Artes de Cádiz acordó por unanimidad colocar en la sala donde celebra sus sesiones el retrato de la señora Doña Ana Urrutia de Urmeneta, como perpetuo testimonio de honor á su memoria.

El día 17 de agosto de 1851, en el acto de repartir la Academia á sus alumnos los premios que destina al mérito, pronunció D. Alfonso de Castro el siguiente discurso en elogio de la señora de Urrutia, y del joven D. José Utrera y Cadenas, artista gaditano también, y no menos distinguido.

«Señores: En el acto solemne de distribuir hoy la Academia Provincial de Bellas Artes los premios á aquellos jóvenes que han manifestado mas felices disposiciones y mayor aprovechamiento en los estudios del último año, debo llamar la atención, así de los discípulos, como de todas las demás personas que me honran escuchando mis palabras, há-



(Doña Ana Urrutia de Urmeneta.) pintora.

cia los dos retratos que se ven en el testero de esta sala, en que la Junta celebra sus sesiones. Uno y otro son de artistas que nacieron en la patria de los Balbos y de Columela, si diferentes en el sexo, iguales en la afición y en el deseo de adquirir buena y justa fama por medio de los pinceles. Una de las obras de la artista ocupa un lugar preferente en la soberbia Basílica de Cádiz: una de las del artista adorna las paredes del suntuoso Alcázar de los reyes de Castilla. Ambos fueron tempranamente arrebatados de entre nosotros por el brazo de la muerte: ella en la flor de su edad; él en los albores de la primavera de su vida. Pudo apagarse la llama que alimentaba su existencia; pero inestinguibles vivirán sus obras en la memoria de los españoles mientras que Cádiz sea Cádiz, España España, y las artes no desaparezcan de la haz del suelo andaluz por la turbación de los tiempos.

«Ni el sexo ni la edad tienen jurisdicción alguna sobre el ingenio, cuando el ingenio no nace niño, sino gigante, no débil tórtola, sino águila caudal que osa remontarse á las nubes y mirar atrevidamente

y sin rendir la vista los rayos del sol, cuando esta en su mayor fuerza se acerca al zenit. Niño era y de trece años el gran Lope de Vega, y admiraba con sus comedias á España: niño era Murillo, y los rasgos de sus pinceles descubrían la antorcha vivaz que alumbraba su ingenio en la carrera de las artes, desterrando de su lado las nieblas de la ignorancia.

«Al ver las obras maestras que han producido el estudio y el deseo de gloria, no pregunten los mortales cuál fué la edad y cuál el sexo de los autores. No hay edades ni sexos para el talento: con el talento los escritos ó los cuadros de una muger pueden ser dignos de admiración y de alabanza, lo mismo que las obras del mayor de los filósofos del Pórtico de Atenas ó las tablas del Zeuxis y de Timantes: con el talento pueden alcanzar honrosísima fama y hacer á su autor inmortal entre los hombres, los cuadros de un artista que apenas vea asomar en su rostro la flor que mas tarde ha de convertirse en espesa barba.

«Para responder de la verdad de mis palabras, ahí están los nombres

de dos artistas gaditanos: la señora Doña Ana Urrutia de Urmeneta, y el señor D. José María de Utrera y Cadenas.

«No es nuevo en España el hecho de que una mujer, confiada en las fuerzas del ingenio, con ayuda de la constancia, y escondida en un vehementísimo amor de la gloria, rompa las coyundas con que el recelo de aparecer ante el vulgo gana de aventajarse á lo demás de su sexo, acéle enfrenar los entendimientos femeniles, estorbándoles conseguir nosotros israelitas, así por las artes como por las ciencias.

«En la historia de las letras de nuestra patria vemos, al llegar al siglo XVI, una dama burgalesá llamada Luisa Siges, pasmo de Europa por su erudición, ya en las drymas secreturas, ya en la humana filosofía, ya en las lenguas latina, griega, siríaca y hebrea, en tanto que los reyes de España y de Portugal, cuando ella asistía en sus cortes, le daban constantes muestras de admiración y aprecio, y que el Pontífice Paulo III y los mas doctos varones que entonces había en el suelo Itálico, solicitaban su correspondencia por cartas.

«Vemos á Doña Oliva Saluco escribiendo casi en el mismo tiempo un tratado de filosofía y materia médica. lleno de novedad en los pensamientos y de sabrosa y ejemplar doctrina.

«É igualmente recordamos á Doña Cristóbalina Fernandez de Alarcón, y á otras muchas damas ilustres por sus virtudes, y bellas sobre toda flor, como la rosa de mayo, honrando á su patria con los aceros de la mas pura y regalada poesía, ó con las mas sueltas y filosóficas razones, ó con los lienzos donde se retrataba á la naturaleza compliendo con el arte para recreación de los sentidos.

«La señora Doña Ana Urrutia de Urmeneta siguió tan notables ejemplos; y en su patria, la moderna Tiro, se distinguió por su afición y por sus ensayos en el estudio de la pintura: porque á sus conocimientos en los grandes modelos acompañaba la felicidad, y á su buen ingenio una confianza en sus fuerzas, no ciega por el orgullo, ni encadenada por aquella modestia que presta los bríos, sino por la que los alienta sin turbar la razon y sin apartarla de la senda por donde va el camino de la gloria.

«Estudió en las obras de Murillo, y copió los rasgos de tan divino maestro en varios lienzos: imitó á la escuela holandesa en un cuadro que se conserva en la catedral de Cádiz, y que rebusta al gran padre de la Iglesia, San-Gerónimo, aquel caudaloso río de elocuencia y aquel pozo inagotable de sabiduría; imitó tambien á la escuela flamenca en una terrible pintura, que de artista desconocido, aunque de valiente mano, existe en esta Academia, y representa el Juicio final del mundo, cuando el temeroso son de la trompeta del ángel del exterminio, se estremece la máquina del orbe, desquiepanse los palos, se destierran las nubes que ocultan á los tiempos pasados, y el Dios de la justicia, abriendo las fuentes del cielo, aparece entre rayos de purísima lumbré para juzgar á los vivos y á los muertos.

«Alentada la señora Doña Ana Urrutia de Urmeneta por el aplauso de los que contemplaban el mérito de sus obras, y alentada además y regida por los sabios consejos de su esposo y de su hermano (personas de notorios conocimientos en la materia) (1), se dispotia á colocar su nombre en la cumbre de la inmortalidad por medio de superiores trabajos, cuando la muerte previno sus intentos y atajó los pasos á su vida y á las obras que las artes españolas esperaban de su estudio y de su ingenio floreciente.

«Ya antes habían experimentado esta igual pérdida en el joven D. José María de Utrera y Cadenas, natural tambien de la ciudad de Cádiz y discípulo de su antigua Academia por espacio de tres años en las clases de dibujo.

«Deseos de inmortalizar su nombre, y sintiéndose con sobrados alientos para emprender obras dignas de admiración y eterna fama, quiso Utrera unir su memoria á la del mayor de entre los mayores héroes que en servicio de su patria sacrificaron su propia sangre, su libertad, sus haberes, su familia y sus amigos. Recorrió con el vuelo de su fantasía y alumbrado por la llama de su ingenio, el espacio de los tiempos que pasaron. La historia le señalaba con el dedo las hazañas de los grandes capitanes españoles en las sangrientas luctas que hubieron estos en nuestros tiempos, en nuestras sierras y en nuestros mares, con el valor cartaginés, con el valor latino y con el valor goda.

«Desabierto ante sus ojos el espeso velo que encendia los hechos de las antiguas edades, y desterradas las sombras y la confusión de la ignorancia y del olvido, vió Utrera á Pelayo blandir la espada y tronchar su estandarte regio para allear á sí los restos infelices de la infelicitad rota del Gualaete, dando principio á la restauracion de España. Vió á los héroes que le siguieron en la empresa de desbandar las huestes de la media luna, humillando los cervicés agarenas y convirtiéndolos sus pendones en alfombras y tapetes de los templos erigidos al Salvador del mundo.

«Vió tambien á los capitanes del César Carlos V triunfantes en los

campos de Italia, al pié del Capitolio, en las orillas del Elba, en los reinos, imperios y repúblicas de la virgen América, y en las arenas desde donde la opulenta Cartago lanzaba contra Roma, su competidora en el dominio del orbe, los ejércitos de Hannón y de Anibal. Vió contitivar á reyes, á pontífices y á magnates orgullosos, lo mismo en la trabajada Europa por las continuas disensiones, que sobre la laguna de Méjico: lo mismo á Francisco I de Francia, al pontífice Clemente VII y al duque de Sajonia, que á Montezuma y á Guatimozín. Siempre vió á los héroes españoles haciéndose inmortales sobre los muros de las ciudades, en las entrañas y gargantas de las sierras y sobre las llanuras del mar, desde el Oriente hasta el Occidente, desde el Septentrión hasta el Mediodía. En todos halló ejemplos de admiración dignos de eterna renombre: porque en todos se descubrían el valor y la nobleza de la magnánima nacion española.

«Quiso pintar en un cuadro al mayor de los que en nuestra patria vencieron, y halló en D. Alonso Perez de Guzman, conocido por el Bueno, el que obtuvo mas señalada victoria, pues fué vencedor de desdoyendo los gritos de la flaca naturaleza, y sacrificando la vida de su único hijo por no entregar á los enemigos de su Dios, de su rey y de su patria la bien cercada villa de Tarifa, fortaleza que encendia la codicia del poder sarraceno.

«De edad de veinte años se atrevió Utrera á emprender con soberano aliento lo que hasta entonces nadie habia emprendido. Temió, pero el temor huyó avergonzado ante la confianza de su osadía. Retrató al honrado caballero Guzman el Bueno en el acto de lanzar al campo del moro desde las almenas de Tarifa el puñal que habia de cortar las venas de su inocente hijo: á sus piés está la desventurada esposa pidiéndole que entregue la fortaleza al enemigo, los guerreros asombrados de la accion de su caudillo, y á lo lejos el real de los contrarios, y entre la motisma y el infante de Castilla, D. Juan, el tierno niño, el Isaac cristiano.

«La inmortalidad guió los pinceles de Utrera: su cuadro en la esposicion pública celebrada en la Academia de San Fernando, fué admirado por los mas ilustres de nuestros artistas: la voz de la fama se derramó por la nacion Española, y hasta subió al palacio de nuestros reyes anunciando el heredero de las glorias de Murillo y de Velazquez.

«Cuando acababa de lograr un alto laurel en la carrera de las artes, la muerte seó la flor de su juventud y abatió el vuelo del águila que habia osado remontarse á las nubes, contrastada por los vientos.

«El esfuerzo de ingenio para concebir en la imaginacion su obra maestra, y la fatiga que empleó para terminarla en brevisimo tiempo, destruyeron su lozana.

«Castigó la enemiga fortuna su atrevimiento en subir en tan corta edad y con tan firme pié las gradas del templo de la gloria; pero el artista tuvo la satisfaccion de ver, aunque por pocos instantes, la corona que la justicia adjudicaba al triunfo de sus deseos. Así el gladiador romano, combatido por diversos contrarios, despues de vencerlos uno á uno, cubria sus sienes con el lauro de la victoria y aspiraba al rigor de las crueles heridas. Así los cristianos paladines en sus luctas con los moros, entraban en el campo enemigo, y sin miedo de las flechas y de los dardos, arrebatában el regio estandarte, y despues de llevarlo á los suyos, lanzaban el postrimer suspiro en brazos de los que aplaudian su esfuerzo sobrehumano.

«Saltó airoso de su empresa el joven Utrera. No se elevó hasta el sol para ser otro Icaro despeñado en los abismos del mar; sino para ser otro Prometeo que arrebataba una antorcha al carro del astro (rey del día), con el fin de animar con su divino fuego la estatua de Minerva.

«La obra de Utrera debió consumir, así por el pensamiento como por la ejecución, el trabajo de toda la vida de un artista: y en efecto, sucedió lo que debia suceder. Quiso el joven gaditano anticipar el curso de los tiempos: lo que el estudio y el talento habian de hacer en largos años, ejecutó en los ahiles de su existencia, y su existencia terminó al terminarse Utrera la obra de su vida.

«La Academia Provincial de Bellas Artes, deseosa de honrar la memoria de los artistas insignes de la ciudad de Cádiz, dispuso colocarse en la sala donde celebras sus sesiones los retratos de la señora Doña Ana Urrutia de Urmeneta y del señor D. José María de Utrera y Cadenas.

«¡Ojalá que el recuerdo de sus obras y la gloria de sus nombres despierten los ánimos de la juventud gaditana para seguir los pasos de estos ilustres compatriotas en la carrera de las artes! ¡Y ojalá que por medio de su constancia y estudio, favorecidos de la luz del ingenio, semejante á la del sol, que no perezca ni se mengua con el curso de las edades, contribuyan á la mayor honra de su patria y á la gloria de las artes españolas, salvando del olvido sus nombres, y dilatando su fama por todas las naciones cultas del universo! ¡Dichoso quien al decir su último adios al mundo, no deja escrito su nombre en las páginas de la historia con letras de sangre, sino con letras de oro, salpicadas por las lágrimas de los que admiraron su ingenio y sus virtudes, para orgullo de su patria y para bien de sus hermanos!»

(1) Tengo una especial satisfaccion en dar esta muestra pública de aprecio y mérito de los señores en la Academia Provincial de Bellas Artes Gaditanas, los señores D. José María de Urmeneta y D. Javier de Utrera.

LOS RELOJES.

En esta época en que apenas se fija la atención mas que en ese admirable descubrimiento de cuya fuerza nos servimos para trasladarnos de un extremo á otro del globo con la rapidez del rayo; ahora que solo se atiende á las empresas positivas y que producen mayores beneficios; mas se aprecian las invenciones antiguas, que á fuerza de haberse generalizado han dejado de causarnos admiración. De otro modo no dejaríamos de contemplar con religioso entusiasmo los relojes, esas máquinas que llevan en sí la resolución de un gran problema, y que han llegado á constituir una de las necesidades de la vida. Imposible parecería que la distribución exacta del tiempo, la regulacion fija é invariable de las horas que forman el día, pudiera hacerse por medio de unas ruedas que caminan en opuesta direccion, y cuya marcha puede arreglarse con la mayor facilidad; y es sumamente sensible que no haya podido averiguarse quiénes fueron los que prestaron tan importante servicio á la especie humana, para que se esculpieran sus nombres en el bronce y aun se grabaran en la memoria. Hemos hecho bastantes investigaciones acerca de este asunto; pero no hemos obtenido otro resultado que el que consignamos en esta reseña ó ligera historia de este invento.

Desde los primeros tiempos conocieron los hombres la precision que tenian de una norma fija y constante que les facilitara el conocimiento del tiempo que debían dedicarse al trabajo, el que bastaba para el descanso, y el que habian de destinar á las restantes ocupaciones. Como entonces las artes estaban en su infancia, no podían recurrir á ellas para proporcionarse lo que con tanto anhelo deseaban, y se fijaron en lo que mas vivamente habia herido su imaginacion, que eran los astros, y de aquí provino que los primeros relojes fueran los del sol, llamados tambien cuadrantes, gnomones y sciothericos. Mucho se dudó en lo antiguo á quien se debía adjudicar la gloria de esta invencion. Lsercio y Suida la atribuyen á Anaximandro, que murió el año 547 de la creacion del mundo, y Plinio la da á Anaximenes, discipulo de Anaximandro. Los egipcios y babilonios disputaron por apropiársela, y otros varios la fueron señalando en diversos tiempos. Con tal variedad de opiniones no podemos acertar de una manera positiva cuando se empezaron á usar; pero en lo que no cabe duda es que se conocian antes del año 5291, porque vemos en *La Biblia*, lib. IV, *Regum*, cap. xx, que estando enfermo el rey Ezechias, hizo el profeta Isaias que retrocediese diez lineas en el reloj de Achaz, en señal de que convaleceria.

Algun tiempo despues se introdujo tambien el medir el tiempo á piés, ó lo que es lo mismo, sobre la sombra de su cuerpo, de lo cual hallamos noticia en los doce libros de *Re rústica* de Paladio, que vivia en el siglo segundo, y que pone la sombra del sol medida á piés en todas las horas del día de cada mes. Este modo de contar las horas era sumamente gracioso, y se prestaba ahora á algunos *quid proquos*, pues se decia voy á comer á tal pié, me acuesto á tantos piés.

Ambos á dos métodos eran sumamente imperfectos, porque necesitaban como primer agente ó único moyll la presencia del sol; pero cuando este desaparecía quedaban envueltos en la oscuridad que cubria á la tierra. Fué preciso buscar otro impulso perenne y constante, y cuya ausencia no pudiese temerse con facilidad, y no se halló ninguno mas á propósito que el agua, que encerrada en un vaso con un caño estrecho en que se practicaba una pequeña abertura, destilaba gota á gota, hasta completar el número de las horas. Este género de relojes le introdujo en Roma, el año 595 de su fundacion, Scipion Natica; y mas adelante, en 615, le perfeccionó Clesibio construyendo una verdadera máquina hidráulica.

Esta clase se denominó *elepsydra*, y de ella se servian los griegos y romanos para medir el tiempo que debían durar las causas, para lo cual distribuian tres porciones, una para el acusador, otra para el acusado y la tercera para el juez. Cada *elepsydra* componia una hora, segun parece por lo que dice Marcela, lib. VIII, Eptg. vi. En la lecture de los procesos y leyes no corría el agua, y esto era: *Aquam sustinere*, segun se lee en los autores de aquella época.

Los de arena cuentan tambien muchos siglos de antigüedad; pero no es fácil señalar ni sus inventores, ni la época de su introduccion. Estos se usaban con preferencia en los monasterios, y por la noche estaba á cargo de dos religiosos el cuidado de observarlos para que no se parasen.

Llegamos ya á la perfeccion del arte: vemos la invencion en toda su latitud prestándonos el servicio que necesitábamos, sin que sea preciso auxiliarla sino efimera y ligeramente: tocamos en fin la época de los relojes de rueda, cuyo autor por desgracia se ignora. En sentir de algunos pertenecen á tiempos remotos, pues aseguran que fueron de esta clase los que tenían Boécio, Gilberto, el Papa Paulo II, y el que regaló á Carlo-Magno el califa Aaron Baschil hácia el año 807.

Parecia en vista de esto que se habia llegado al complemento y

que no se podía dar un paso mas; pero todavia nos estaba reservado otro nuevo asombro. Walendorf, monje benedictino inglés, que murió en 1525, viendo que no todas las clases podían disfrutar de este beneficio porque era sumamente costoso el poderse aprovechar de él, discurrió el generalizarlo y hacerlo público, y plantó con éxito los relojes de torre con campana. Algunos atribuyen esta invencion á Santiago Don Dionis, natural de Padua, célebre astrónomo, médico y matemático; pero este no hizo mas que perfeccionarla, pero de un modo admirable, pues en 1544 colocó en la torre del palacio de aquella ciudad un reloj compuesto de una multitud de piezas y ruedas movidas por una sola pesa, y señalaba todas las horas, y además el curso del sol y de los planetas. Este prodigio y esta maravilla del arte atrajo á Padua una inmensa concurrencia, porque los sabios de toda Europa venian á admirar aquella obra tan perfecta, el reflejo vivo de las revoluciones celestes, aquel profeta automático, por decirlo así, y lo contemplaban con el mismo religioso entusiasmo que los que han mirado la realizacion del último eclipse en el reloj colocado este año en la catedral de Strasburgo, y cuyo autor fué aplaudido con frenesí, como si su obra fuera enteramente nueva. Como era natural, se excitó la curiosidad de los relojeros de las demás naciones, y en breve se hicieron todas ellas con relojes de las últimas modas ó de los mas modernos.

Al llegar á este punto no podemos menos de combatir una equivocacion en que incurrió el P. Mariana en la *Historia de España*, pues afirma en el cap. x del libro XIX, que el primer reloj de esta clase que se vió en España fué el de Sevilla, que se colocó en la torre de la iglesia Mayor en julio de 1400, en presencia de Enrique III y toda su corte, siendo así que en aquella época ya eran conocidos en la Península. En una cédula que despacharon Carlos III de Navarra y su muger Doña Leonor en Oñt á 20 de diciembre de 1590, mandan á su tesoroero Garcia Lopez de Lizasoain, «pague á Juan de Zalva por un palno de Jengeaux, por los tres forreros de nuestra cambra, *el el mozo de nuestro reloj*, XXXV libras.» Por otra librada el último día de abril de 1599, manda á las gentes de sus contos rebajen á Juan Casitat, su tesoroero, VIII libras que habia dado á Tiervi su relojero. Además entre los papeles que los duques de Alburquerque tienen en el palacio de su villa de Cuellar, están las cuentas que se tomaron á Alvar Perez por lo respectivo al año 1595, y una de las partidas de data ó descargos es *A Ximon el Ferrero, por el martillo del reloj dos reales*. De manera que debieron introducirse poco despues que se puso el de Padua, y nos afirmamos tanto mas en esta opinion, cuanto que todavia tenemos una prueba viva de esto mismo, que es el reloj de la catedral de Leon, que en la esfera colocada en el interior de la iglesia, tiene un cielo con los dos astros luminares, y la luna que allí aparece sufre las mismas alteraciones que la que vemos brillar en la bóveda celeste.

Despues de esta época no ha habido variaciones esenciales en el arte, pues aunque se ha dado á los relojes distintas y variadas formas, aunque se han construido de mayor ó menor latitud y de menos tamaño, aumentando ó disminuyéndose las ruedas, puede considerarse todo esto como perfeccionamiento de la primitiva invencion, y no como otra nueva, puesto que siempre se ha girado sobre la base de aquella.

J. F. LL.

SONETO.

No envidies, no, los ojos que atrevidos
La paz del corazón roban arteros,
Y que ya miran dulces ó altaneros
Solo tienen poder en los sentidos:
Ni los ojos codicios que encendidos
En lascivo furor, luzos certeros
Tienden á la virtud de los primeros
Que encuentran por su mal desprevuidos:
Que los troyos, celeste criatura,
Serenos como el mar cuando está en calma,
Brillantes como el mar en la alta esfera,
Son un timbre mejor á tu hermosura;
La pureza revela de tu alma,
La quietud santa que en el pecho impeta.

L. PEREZ DE ACEVEDO.

EL TIGRE Y LA ZORRA.

LEYENDA TRADICIONAL.

CAPITULO V.

RUIDOS POPULARES.

Al pié de la misma casa
y á poco mas de las nueve,
turba plebeya y curiosa
se agita confusamente.
Dividida en grupos varios,
comenta, escucha y refiere
del suceso de aquel día
las versiones diferentes;
y sin duda no es el lance
de la mas vulgar especie,
pues tanto su narración
le interesa y le suspende.
Si en la region de la duda
flotar mas tiempo no quieries,
mézclate lector conmigo
entre esos grupos, y atiende
los rumores que circulan
entre la agitada plebe.
—¿Con que le viste?—

—Lo mismo
que te estoy viendo, Gil Perez,
bañado en sangre y cosido
á puñaladas el vientre.
—¡Mientes!—esclamó una vieja,
al que así habló dirigiéndose;—
yo le ví esta misma noche
por los espacios cernerse
llevado en ancas del diablo.
—Calle la bruja.—

—¡Insolente!
¿Cuándo digo que lo he visto!
—Fuera de aquí.—
—Son chocheces.
—¿Mas no se dice la causa
de tan extraño accidente?
—Bien clara está: prolongar
la ejecucion del Maestro.
—No debe el rey consentirlo.
—¡Es una infamia!—

—No siempre
se han de salir con la suya
esos nobles.—

—Se protegen
entre sí; pronto vereis
cómo burlando á la plebe
consiguan que al fin se libre
Don Alvaro de la muerte.
—¡Degollar á un grande! ¡cáspita!
¡sucede tan pocas veces!
—¡Y yo que tengo en la plaza
sitio desde donde verle!
—Irá gallardo.—

—No tal.
—Si tal.—
—No se desesperen,
que no irá de ningun modo
faltando quien le degüelle.
—Castrillo ha dejado un hijo
que tiene edad suficiente
para reemplazarle.—

—Justo.
—¿Mas no sabeis que hace dengues
al oficio?—
—Nada importa.
—La ley le obliga á ejercerle.
—¡Qué lástima! ¡es tan galán!—
Este arranque inconveniente
de una jóven que escuchaba
confundida entre la plebe,
con silbidos y con pullas
se acogió unánimemente.
Avergonzada la moza

logró en salvacion ponerse,
y otra vez volvió la turba
mas compacta y mas solemne,
á ocuparse del asunto
que tanto interés le ofrece.—
—Amigos,—con voz robusta
gritó un cortador de siete
piés de estatura y de formas
atléticas—me parece
que se pierde el tiempo: en tanto
que gritáis como mugeres,
se pone en salvo el rapaz,
y no habrá quien dé la muerte
al Condestable.—

—No, no;—
bramó la turba.—¡A prenderle!
—Sepamos si está en la casa.—
—Que salga.—
—Que se presente!—

Y eual de resorte oculto
movido el grupo rebelde,
á la puerta de Castrillo
se arrojó impetuosamente.

Esta se abrió al tiempo mismo
y apareció en sus dinteles
con la faz desencajada
un mancebo casi imberbe.
—¡Ahí está!—

—¡Quiere escaparse!—
gritó la canalla al verle.
Con desesperada angustia,
como fiera á quien se tiene
acorralada, y un flanco
busca por donde meterse,
tendió el jóven la mirada
á su alrededor, y al verse
cercado por todas partes
de la alborotada plebe,
sobre ella airado se arroja
y abrirse paso pretende;
mas de aquel supremo esfuerzo
rendido, cual masa inerte
cayó en tierra el desgraciado.
La multitud se disuelve
al ver entrar por la calle
una legion de corchetes,
y contemplando la escena,
la tradicion nos refiere
que el buen compadre Garduña
vió silenciosamente.

(Continuará.)

CERERINO SUAREZ BRAVO.

JEROGLIFICO.



Redactor y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION,
á cargo de D. G. Alhambra, Jacométrezo, 26.